

durante la operación mágica, verás transformarse en Dios los vapores del incienso.

FAUSTO. ¿Y que se debe hacer ahora?

MEFISTÓFELES. Ahora, que todo tu ser tienda hacia abajo; patalea para descender; ya patalearás para subir.

Fausto patalea en el suelo y desaparece.

MEFISTÓFELES. ¡Que su llave le conduzca á buen fin!
¡Tengo curiosidad en saber si volverá!

(Una sala del palacio.)

Fausto ha desaparecido en el abismo del vacío. Mefistófeles, que acaba de darle los medios de hacer animosamente su tentativa, vuelve á ver el Emperador, que, en una sala ricamente iluminada, espera el resultado de esta fantasmagoría. El chambelán da parte á Mefistófeles de la impaciencia del soberano. Reducido á un papel secundario, el diablo parece encargado aquí de entretener el tiempo mientras vuelve el ilustre mágico. Se le abruma con preguntas y con súplicas; se le piden los secretos de la física, de la medicina, y hasta del tocador. Una joven rubia se lamenta de las manchas que alteran la blancura de su cutis durante el verano. Mefistófeles le receta un unguento de freza de rana y de lenguas de sapo. Una morena enseña lastimosamente su pie, herido de un reumatismo, que no puede bailar ni correr. El diablo no hace más que aplicar su pie ahorquillado sobre el pie de la bella, cuando ésta huye gritando pero curada. No sabiendo ya á quien escuchar, el diablo desaparece muy pronto de entre esta barahunda.

El Emperador continúa esperando sentado en la sala de las caballeros: el heraldo manifiesta los votos de

la asamblea, preparada para presenciar las más extrañas apariciones.

El astrólogo, que hasta entonces ha estado sondando el espacio con sus ojos y con su pensamiento, anuncia en fin lo que divisa su perspicacia sobrenatural.

En el vacío.

FAUSTO, *en un tono solemne*. ¡Yo invoco vuestro nombre, ó Madres, que reináis en el espacio sin límites, eternamente solitarias, pero sociales, con la cabeza rodeada por las imágenes de la vida activa, pero sin vida! Lo que una vez ha sido, se mueve allá abajo en su apariencia y su esplendor, porque todo lo creado se esconde cuanto puede de la nada: y vosotras, fuerzas poderosísimas, vosotras sabéis repartirlo todo para la tienda de los días y la bóveda de las noches. Unas van arrebatadas en el curso dichoso de la vida: el encantador atrevido se apodera de las otras, y confiado en su arte, prodiga noblemente los milagros á la maravillada multitud.

EL ASTRÓLOGO, *en el teatro*. — Apenas toca el vaso de las trébedes la llave ardiente, cuando un vapor espeso que aquel exhala llena el espacio, rueda, se divide, se disipa y amontona sucesivamente los copos nebulosos. Y escuchad ahora el sublime coro de los espíritus; su paso difunde la armonía alrededor de ellos, y sus aéreos sonidos exhalan algo inexplicable. Los sonidos que se alejan se desarrollan en melodías; resuenan la columnata y el triglifo y parece que todo el templo canta. El vapor se baja: del seno de sus más ligeras nubes, se adelanta un bello joven, cuyos movimientos tienen todo el compás de la armonía. Aquí se acaba mi tarea, no tengo necesidad de nombrarlo... ¿quién no reconoce al gracioso Paris?

UNA DAMA. — ¡Oh! ¡que esplendor de fuerte y brillante juventud!

OTRA. — Fresco y lleno de savia como la fruta nueva.

OTRA. — Yo admiro el contorno de sus labios delicadamente formados.

OTRA. — Es una copa en que beberías con gusto.

OTRA. — Es precioso, pero tiene poca elegancia.

OTRA. — Sus miembros no tienen toda la elasticidad que se necesita.

UN CABALLERO. — Todo en él dice que es un pastor. Nada de la dignidad de un príncipe ni de los modales de la corte.

OTRA. — ¡Pues vaya! es un hermoso joven en su media desnudez, pero quisiera ver que figura tendría bajo el arnés.

UNA DAMA. — Se sienta blandamente, graciosamente.

UN CABALLERO. — Sobre su pecho... os hallaríais bien ¿no es verdad?

OTRA DAMA. — ¡Dobla tan graciosamente el brazo sobre su cabeza!

EL CHAMBELÁN. — Un hombre sin crianza. Estoy escandalizado...

UNA DAMA. — Vosotros, señores, en todo encontraréis faltas.

EL CHAMBELÁN. — ¡Extenderse así en presencia del Emperador!

LA DAMA. — Es una postura que toma, porque cree que está solo.

EL CHAMBELÁN. — Hasta el mismo actor debe seguir aquí la etiqueta.

UNA DAMA *joven enamorada*. — ¿Que perfume es éste que parece de incienso y rosa... y que desciende hasta el fondo del corazón y lo refresca?

OTRA *menos joven*. — Es verdad, una atmósfera divina llena el espacio de un olor suave y penetrante. ¡Es su aliento!

OTRA *más vieja*. — Es la sangre fresca de la juventud... que circula como ambrosía por todo su cuerpo, y exhala en torno suyo ese perfume.

MEFISTÓFELES. — ¡Ella es por fin!... ¡Y bien! Yo no siento comprometido mi reposo. Es perfecta ¡pero su belleza no me dice nada!

FAUSTO. — ¿Conservo mis ojos todavía? Parece que al través de mi alma se derrama á torrentes la fuente de la belleza pura! ¿Tendrá esta recompensa dichosa mi excursión tan terrible? ¡Que cerrado estaba, y que inútil era el mundo para mí! ¡Que distinto lo veo después de mi sacerdocio! ¡Hela ahí por fin! apetecible, sólida, durable!... Extingase el soplo de mi existencia, si habito jamás lejos de ti. La imagen adorada, que me encantó en otro tiempo en el espejo mágico, no era más que un reflejo vago de esta belleza. ¡Tú serás desde ahora el móvil de toda mi fuerza, el alimento de mi pasión! ¡Á ti el deseo, el amor, la adoración, el delirio!...

MEFISTÓFELES. ¡Conteneos! no salgáis de vuestro papel.

UNA DAMA ANCIANA. Grande, bien formada, sólo que la cabeza es un poco pequeña.

OTRA, MENOS ANCIANA. Pues mirad el pie ¿cómo podría ser más tosco?

UN DIPLOMÁTICO. He visto princesas con esta clase de belleza. Yo la veo perfecta.

UN CORTESANO. Se aproxima despacio al joven dormido.

UN POETA. Está iluminado con su belleza.

UNA DAMA. Endimión y la Luna. Es un verdadero cuadro.

EL POETA. Ciertamente. La diosa parece que desciende y se inclina sobre él para aspirar su hálito. ¡Oh suerte digna de envidia!... ¡Un beso!... Está colmada la medida.

UNA DUEÑA. ¡Qué! ¡delante de todo el mundo! ¡Esto es demasiado extravagante!

FAUSTO. Favor terrible para ese joven.

MEFISTÓFELES. ¡Silencio! Deja que la imagen cumpla su voluntad.

EL CORTESANO. Se aleja deslizándose ligeramente y él se despierta.

UNA SEÑORA. Ella mira todo en derredor suyo. Ya lo había pensado yo.

EL CORTESANO. ¡Y se maravilla! Es un prodigio lo que le sucede.

UNA DAMA. Sí, pero para ella no hay en esto ningún prodigio, creedme.

EL CORTESANO. Vuelve hacia él en una actitud llena de poder.

UNA DAMA. Noto que parece enterarse de alguna cosa. En semejante caso son muy tontos los hombres. Si creerá que es el primero...

UN CABALLERO. ¡Dejadme que la admire!... ¡Delicada con majestad!

UNA DAMA. ¡Impúdica! Esta es la mayor indecencia.

UN PAJE. Bien quisiera yo hallarme en su lugar.

UN CORTESANO. ¡Quién no sé dejaría coger en semejante red!

UNA DAMA. ¡Es una joya que ha pasado por todas las manos! Por ello el dorado está bastante gastado.

OTRA DAMA. Desde la edad de diez años ya no valía nada.

UN CABALLERO. Cada cual escoge lo que más le gusta. Bien me contentaría yo con estos hermosos restos.

UN SABIO. Yo la veo claramente aquí; sin embargo, confieso que dudo si es verdaderamente Helena; la realidad conduce al absurdo... Yo me atengo, sobre todo, á la letra de los textos. Leo pues que ha seducido con su belleza á todas las barbas canosas de Troya. Y según me parece lo mismo pasa aquí. Yo no soy joven y sin embargo me agrada.

EL ASTRÓLOGO. Ya no es un joven; ahora es un héroe, que la coge sin dejarle fuerzas para defenderse; la levanta con su brazo poderoso. ¿Querrá robarla?

FAUSTO *abalanzándose*. ¡Loco, temerario! ¿qué haces? ¿No me oyes? ¡Detente! ¡Esto es demasiado!

MEFISTÓFELES. Esta fantasmagoría es obra tuya.

EL ASTRÓLOGO. Una palabra sola. Después de lo que acabo de ver, yo llamaría á esto: El Rapto de Helena.

FAUSTO *tomando por verdadera esta escena fantástica*. ¿Qué rapto! ¿Y para qué pues me hallo yo aquí? ¿No tengo esta llave en mi mano? Ella me ha guiado al través del espanto, de las ondas y de las oleadas de los espacios solitarios, y me ha vuelto á traer á este terreno sólido. ¡Aquí es la mía! aquí está el dominio de lo real, y desde aquí puede luchar el Espíritu con los espíritus, y prometerse el imperio del doble universo!... Ella estaba tan lejos; ¿cómo es que la veo ahora tan cerca? ¡La salvo y es doblemente mía! ¡Valor! ¡Oh Madres, Madres! ¡Escuchadme! El que ha llegado á conocerla, ya no se puede separar de ella.

EL ASTRÓLOGO. ¿Que haces? ¡Fausto! ¡Fausto! — ¡La coge por fuerza; ya se ha alterado la imagen! Acomete al joven con la llave; lo toca. ¡Desdichados! ¡Desdichados de nosotros! ¡Ay! ¡Ay!

(Explosión. Fausto cae al suelo. Los espíritus se deshacen en vapor.)

MEFISTÓFELES levantando á Fausto y echándoselo a

las espaldas. He aquí como encargarse de un loco semejante, no puede menos de tener malas consecuencias hasta para el mismo diablo.

(Tinieblas, tumulto.)

El gabinete de estudio del doctor Fausto.

Mefistófeles ha vuelto al doctor Fausto á su antigua morada, y lo ha acostado en el lecho de sus padres; y en tanto que descansa su cuerpo adormecido, el diablo lo encuentra todo en su lugar tal cual lo han dejado; hasta la pluma que ha servido para firmar el pacto, y donde brilla todavía el resto de la gota de sangre sacada de las venas del Doctor.

— Es una prenda rara, y que se venderá muy cara á los anticuarios, dice Mefistófeles.

Un coro de insectos saluda al amo, y corre, y zumba, y baila en torno suyo: el antiguo forro de pieles de la toga doctoral zurre con estos cantos ligeros. Mefistófeles vuelve á ponerse este traje, y ve la campana para llamar la gente de casa. Llega un criado y se asusta al ver este huésped inesperado. — Mefistófeles lo reconoce.

— ¿Os llamáis Nicomedes? le dice.

— ¿Me conocéis?

— Os reconozco; os habéis puesto muy viejo y aun sois estudiante, respetable señor!...

El antiguo estudiante ha pasado al servicio del doctor Vagner, quien se entrega á importantes experimentos de química trascendental. Un bachiller entra á su vez, con la cabeza erguida, y orgulloso con su nuevo grado. Habla y discute sobre todo y pretende argumentar con el mismo diablo, á quien encuentra atrasado, rancio y oliendo á la antigua escuela. Se

reconoce en este orgulloso personaje al humilde estudiante de la primera parte.

La escena pasa en seguida al laboratorio de Vagner, que cansado de la química y de la física trascendental, ha imaginado descubrir el secreto de la Creación. Á fuerza de combinar gases, fluidos y los más puros elementos de la materia, ha llegado á reconcentrar en una redomita la mezcla precisa que debe producir el germen humano.

Desde este instante es inútil la mujer; la ciencia es la reina del mundo... pero en el momento en que luce la llama en el fondo de la redoma, entra bruscamente Mefistófeles.

— ¡Silencio! Deteneos, dice Vagner.

— ¿Que hay?

— Va á hacerse un hombre.

— ¿Un hombre? ¿Habéis pues encerrado á dos amantes en algún sitio?

— ¡Bueno! dice Vagner: una mujer y un hombre, ¿no es verdad? Ese era el antiguo método; mas hemos encontrado otro mejor. El punto delicado de donde salía la vida, la dulce potencia que se arrojaba del interior de los seres, confundidos, que tomaba y daba, destinada á formarse de sí misma, alimentándose de las sustancias próximas en un principio, y en seguida de las sustancias extrañas, todo este sistema está vencido y dejado atrás; y si el bruto se entrega á él todavía con delicias, el hombre dotado de más nobles facultades debe pensar en un origen más noble y más elevado...

En efecto hierve y sube; el resplandor se hace más vivo, la redoma zumba y vibra; en el licor espeso y blanquecino se dibuja y se forma un pequeño ser; lo que zumbaba toma una vez. Homónculo, dentro de su

redoma, saluda á su padre científico. Se alegra de vivir, y sólo teme que el padre, al abrazarle, no le rompa demasiado temprano su cubierta de cristal : esta es la ley de las cosas. Lo que es natural se extiende por la naturaleza entera ; pero lo que es el producto del arte no ocupa más que un espacio limitado.

Homónculo saluda también al diablo, á quien llama su primo, y le pide su protección para vivir en el mundo. El diablo le aconseja que inmediatamente dé una prueba de vitalidad. Homónculo se escapa de las manos de Wagner, y se va á revolotear sobre la frente de Fausto, adormecido. Allí parece tomar parte en el sueño que tiene el Doctor en sus aspiraciones hacia la belleza antigua, y asiste con él á la imagen del nacimiento de Elena. Leda se baña á la fresca sombra de la enramada, en las aguas puras del Eurotas : óyese un ruido, y las mujeres huyen medio desnudas, y la reina que queda sola recibe en sus brazos al cisne divino.

Este sueño da á Fausto la idea de donde saldrán las extrañas escenas que se preparan. La aparición fantástica que se ha verificado en el palacio le ha dejado, como se ha visto, una impresión extraordinaria. Si ha empuñado la llave mágica en la escena que hemos referido, era para acometer el espectro de Paris, porque no ha podido ver sin celos su intento de robar á Elena. Mezclando de repente las ideas del mundo real y las del fantástico, se ha enamorado perdidamente de la belleza de Elena, á quien no se podía ver sin amarla. ¿ En dónde está? Ella existe en algún lugar del mundo, pues que el arte mágico ha podido hacerla aparecer. Fantasma para cualquiera, representa un objeto real para esta vasta inteligencia, que concibe á la vez lo conocido y lo desconocido.

Por este desenlace la escena se enlaza con el inter-

medio que sigue. Parece que, en esta parte, el autor haya querido dar una pareja á *la noche del sabbat* de la primera parte, creando esta vez, una especie de sabbat del Tártaro antiguo. Erichto entra la primera en la escena y describe los terrores de esa noche tempestuosa que sucede en los campos de Farsalia. Fausto y Mefistófeles pasan poco después, llevados sobre la capa mágica, y guiados por Homónculo que revolotea en el aire alumbrándolos, cómo el duende del primer sabbat. Los sabios de Grecia, las esfinges y las sirenas sueñan sus pensamientos y cantan sus cantos. Mefistófeles los interroga curiosamente, y discute con ellos sobre puntos de historia y de filosofía. Mientras tanto, Fausto se transporta á los márgenes del Peneo y zabúllese en sus ondas interrogando las ninfas que en ellas habitan. Encuentra á Quirón, que le brinda á que se suba á sus hombros, le hace atravesar el río, y le lleva á los campos de Cinocéfala donde Grecia quedó vencida por Roma.

Quirón habla á Fausto con entusiasmo de los héroes de su tiempo, de Jasón, de Orfeo, de Aquiles su discípulo. Pero Fausto sólo quiere oír hablar de Elena, la bella de las bellas, el tipo más puro de la belleza antigua.

Mas la belleza no es nada, según Quirón, la gracia es lo único irresistible. Tal era Elena cuando se sentó sobre sus hombros de corcel.

— ¿ Tú la has llevado ?

— ¿ Á ella? dice Quirón, sí, sobre esos hombros en que tú vas sentado. Y se agarraba cómo tú á mi cabellera, en la que enredaba sus blancas manos, joven, radiante de encantos, delicias del anciano.

— Apenas tenía entonces siete años, ¿ no es verdad? dice Fausto.

— ¡ Cuidado ! responde Quirón, los filólogos se

engañan con frecuencia y engañan á los demás. La mujer mitológica es un ser particular; el poeta la crea según su fantasía. Jamás será vieja; siempre tiene el aspecto seductor que despierta los deseos. Joven fué robada, y vieja se desea todavía. En una palabra, para el poeta, no existe el tiempo.

— Así, dice Fausto, ¡ el tiempo no tiene sobre ella ningún imperio! Aquiles la encontró en Fera, fuera de todo espacio de tiempo. ¡ Que rara felicidad! Este amor fué conquistado sobre el destino. ¿ Y no podré yo, consólo la fuerza del deseo, volver á la vida, las formas abstractas y únicas, la criatura eterna y divina, tan grande como tierna, tan sublime como amable? Tú la viste en otro tiempo y yo la he visto hoy tan bella como encantadora, tan bella como deseada: y ahora todo mi espíritu, todo mi ser se halla poseído de su imagen. ¡ No vivo si no puedo alcanzarla!

Al oír esto, Quirón juzga que Fausto ha perdido la razón, y lo envía á Manto, la hija de Esculapio, quien menos severa que Quirón admira este noble espíritu humano poseído de la sed de lo imposible. Promete á Fausto su poderoso auxilio, y guiarle al antro oscuro de Proserpina, al pie del monte Olimpo.

Mefistófeles recorre por otra parte las vagas regiones del mundo de las sombras; de la conversación de los sabios pasa á la de las lamias, que intentan seducirle ofreciéndole encantos análogos á su naturaleza diabólica. Quiere coger una pequeña, que se le escurre de las manos como una culebra; y una gorda más apetecible, que al tocarla se desmorona como un hongo.

El coro de las sombras antiguas concluye reconociendo á Mefistófeles por hijo de una bruja hija de una sibila, y Mefistófeles humillado, empieza á burlarse de la antigüedad como del tiempo presente. Abandona

después la mansión de las sombras y vuelve á tomar pie sobre la materia formulada por una peña llamada Oreas, que se prevale de su calidad para despreciar los sueños de los poetas y las fantasmas de los siglos transcurridos.